

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

## En la santa soledad

**S**ANTA CRUZ, como todas las ciudades de la Isla, siempre se ha enorgullecido de sus plazas y jardines, de las alamedas gratamente sonoras que bien tienen y mantienen sombras verdes y frescas.

Tras largos años de abandono, en el cementerio de San Rafael y San Roque —el que bien guarda el dulce siglo de los miriñaques y las diligencias— la Muerte ha vuelto a la Vida y, así, el antiguo recinto se ha integrado nuevamente en la ciudad.

Convertido en jardín por obra y gracia del Ayuntamiento de esta capital, el cementerio guarda las cenizas de los que nos precedieron en el camino de la vida;

está como sumergido en una luz azulada y el cielo, de pálida seda, aparece iluminado por los blancos reflejos de los muros.

Tanto en la alegre luz mañanera como en la cansina luz del ocaso, el recinto vuelve como un color mudo, un color sin sonido. El centenario cementerio tiene y bien mantiene paz. No es la suya —sí lo fue en años idos para siempre— una estampa de Gutiérrez Solana, de aquellas de la Muerte triste, de la del inhumano silencio, siempre más pavoroso que cualquier tumulto. Aquella visión de antaño —que por suerte ya no es presente— era la de la Muerte de los muertos.

Hoy, en el antiguo cementerio volvemos al claro de la tierra, a cuando en la ciudad se vivía con facilidad y felicidad, la misma que refleja el aire lleno de sonrisas y piedades y la brisa que canta en los cipreses. Donde duermen los que fueron, algo toca con luz profunda nuestros corazones: allí están todos aquellos a quienes Dios llevó a la isla eterna del eterno reposo, en torno a la cual canta toda la mar sin fondo ni orillas. Allí, y para siempre, están en la verdadera Isla Afortunada.

En el recinto que nos habla con la profunda voz de su silencio, con mármoles entibiados por el sol y todo el verde exten-

so y cuidado, algo de la antigua edad de Santa Cruz que bien se nos presenta como todo un libro —buen libro— de recuerdos y nostalgias.

En aquella sana soledad llega hasta el alma el resonar de las estrellas cuando, al fondo, la sangre de un arbol aparece sobre los cerros de Anaga. Paz, dardos de sol y besos de lluvia sobre la tierra que abriga a los que fueron y que nos llegan desde la bruma de los olvidos. En el antiguo cementerio de San Rafael y San Roque, ahora jardín, sólo la Muerte ha muerto para siempre.

**Juan A. Padrón Albornoz**